

todas partes el apostolado de la caridad en el mundo. Hay mujeres apóstoles en la China, en la Conchinchina; las hallareis en todas las escalas del Levante, en Smirna, Damasco, Constantinopla, construyendo hospitales y fundando escuelas. Ved lo que puede hacer la mujer católica; ved los prodigios de este siglo.

A todos estos heroismos, añadamos el heroismo del amor divino. Cuando ha tocado al corazón de una mujer una chispa del amor sagrado, aquel corazón se convierte en hoguera. Del pecho de una mujer ha salido esta palabra de fuego: « ¡Padecer, decía santa Teresa; ¡padecer, ó morir! » Otra santa prorumpia en este grito sublime: « ¡Nunca morir! ¡padecer siempre para amar siempre! » ¡Ved lo que puede el corazón de una mujer!

¡Heroismo de la castidad, de la virginidad!

Dos mil años hace que la virginidad es popular en la tierra. ¡De ese modo habeis respondido á todos los esplendores de la vida de Dios!

Pero salgamos de los claustros. ¿Creeis que no hay mujeres en el mundo, entre vosotras, que se elevan á todos los heroismos de la virtud, cumpliendo sus deberes en el seno de sus familias? El heroismo del deber, cumplido fiel, cristiana y sobrenaturalmente en medio del mundo, ¿no es una cosa sublime? ¡Cuántas mujeres han sido encadenadas á un hombre sin fe, sin virtud, sin caridad, á un hombre celoso, lleno de ambicion, en quien no tiene influjo la religion! Pues bien, hermanas, ¿qué virtud no es necesaria en semejante situacion?

¡Ved á ese marido violento, brutal, déspota, venenoso, irritante, infiel, celoso! ¡Qué de persecuciones! ¡Y cuando introduce el vicio en el hogar doméstico? ¡Y cuando permite á los criados que desprecien á su mujer? ¡Y cuando esta mujer permanece tranquila y resignada, amando en Dios al que le da tan mala vida, cuando educa á sus hijos con una abnegacion inefable? Esto es sublime, esta es una cosa que puede admirar al cielo, á los ángeles, y á Dios mismo. Así, en vuestra posicion, podeis encontrar un elemento de sacrificio y levantaros tan altas como las hijas de santa Teresa y san Bernardo: ese espíritu de abnegacion lo hallareis, hermanas, al pié de la cruz, en el santo sacrificio de la misa, en lecturas morales; y si Dios os juzga bastante fuertes, bastante generosas para imponeros una persecucion intestina, una persecucion doméstica, bendecidle.

Ved, hermanas, el ancho espacio que Dios os ha reservado en el orden de la verdad, en el orden de la caridad, y en el orden de la virtud. Con estos tres elementos salvareis al mundo. Trabajad, pues,

por la salvacion de la sociedad, por medio de la verdad, la virtud y la caridad; entrad dentro de vosotras mismas, y preguntaos en presencia de Jesucristo: ¿Qué es lo que yo he hecho para extender la verdad? ¿Qué es lo que he hecho para edificar á mi prójimo? Mucho haceis, indudablemente; pero ¡aun hareis mas!

Lavad vuestra alma en la sangre de Dios; vosotras sereis los apóstoles de Jesucristo, y tendreis así parte en las recompensas de su santa Madre. Esto es lo que os deseo.

APOSTOLADO SEGLAR.

Accepimus gratiam et Apostolatam ad obediendum fides in omnibus Gentibus.

Hemos recibido la gracia y el Apostolado para someter á la fe á todas las Naciones.

(Rom. 1, 5.)

Jesucristo no vino al mundo para un tiempo determinado, ni para una nacion determinada; vino para todos los tiempos, para todos los lugares, para todas las condiciones. Queriendo, pues, extender á todos el beneficio de la redencion, envia á sus diputados, á sus apóstoles para que comuniquen á todos la verdad, la caridad, los frutos de su vida y de su muerte. Los apóstoles propagaron por todas partes la obra de nuestra salvacion: sus sucesores han procurado imitarlos; y en nuestra misma edad, que se quiere suponer infecunda, no son solamente las vastas Américas las que reciben apóstoles, misioneros, sino que los hay hasta en las mas remotas islas, en las playas desiertas del Japon, de la China, de la Corea, en todos los puntos del globo. Estos apóstoles van caminando, van predicando, padecen, tienen hambre, comparecen ante las potestades del siglo, que los procesan, y mueren, en fin, en los cadalsos.

Y mientras estos apóstoles desprovistos de todo, desnudos de todo, llevando solamente un crucifijo en la mano, un libro sagrado bajo del brazo, y la fe en el corazón, corren á la conquista de las almas, ¿pudieran los fieles estarse quietos, sin hacer nada para salvar á sus hermanos? No, hermanos míos. La Iglesia es apostólica, y todos sus hijos hemos de participar de su apostolado; somos apostólicos, y debemos probar con nuestra conducta, que no es en vano el título que llevamos.

Empero, ¿cómo lo hemos de probar nosotros? Tres medios tenemos, que son la oración, la acción, la unión. De este deber y de estos medios voy á ocuparme en el presente discurso. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. En la Iglesia ha de haber un apostolado secular, auxiliar, y suplemento del sacerdocio. No creais que este apostolado sea una cosa nueva en la Iglesia, una cosa inventada por las circunstancias y necesidades religiosas de la época; no, hermanos míos, sino que es un deber sagrado, que tiene su origen en las relaciones de fraternidad y de amor que unen los hombres entre sí, para no formar sino una sola familia, una misma hermandad de la cual Dios es Padre.

Si somos hermanos, somos *solidarios* unos de otros, porque la fraternidad lleva consigo la *solaridad*, la mancomunidad: unos respondemos por otros; tenemos nosotros y tomamos nuestra parte en lo bueno como en lo malo que obran nuestros semejantes. Todos cuantos vivimos, aunque con diversidad de grados, y en proporcion mas ó ménos extensa, todos ya sacerdotes, ya seculares, todos tenemos carga de almas. Muy explícito es y terminante el mandamiento de Dios acerca de esto: él ha mandado á cada uno de los hombres, y á todos sin excepcion en términos expresos, que velemos atentamente por la salvación de nuestros prójimos. Tiene dicho nuestro Señor: Sé el guardador de tu hermano, su segunda providencia, yo te lo fio: desgraciado de tí si se pierde por tu falta, porque responderás de él un día ante mi acatamiento: alma por alma, vida por vida, eternidad por eternidad. Ya cuando, encareciendo este precepto del testamento antiguo, añade el nuevo: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo*, ¿qué otra cosa hace el Señor, autor de ambos, sino confirmar y hacer mas estrecha y perentoria todavía, mas sagrada y urgente la obligacion del celo?

Sin el celo, sin el espíritu del apostolado, no hay caridad, ó si se la supone, es incompleta, es muy imperfecta. No, católicos; vosotros no amais á vuestro semejante como debeis, si no tomais á pecho su

salvación, si nada haceis por proporcionársela. En vano le hartareis con el resto de vuestros banquetes suntuosos; en vano cubris su desnudez con los despojos de vuestro lujo; en vano le preparais un asilo para su vejez; en vano, si se quiere, le prodigareis oro y plata á manos llenas. Si no haceis mas que esto, si con esto os contentais, no habreis hecho gran cosa; todo esto no figura sino por una parte, la mitad, á lo mas, de la caridad cristiana.

¿Quereis practicarla en todo su lleno? ¿Quereis cumplirla segun todas las reglas y consejos del Evangelio?—Pues bien; á mas del pan del cuerpo, lo que se significa por el vaso de agua fria del Evangelio, á mas de los socorros pecuniarios, dad á vuestros prójimos el pan del alma, el agua de vida eterna, la limosna de la verdad. Porque no solo de pan vive el hombre, sino de la palabra que sale de la boca de Dios: de otro modo, no lo olvideis, en lo moral como en lo físico no lo habeis alimentado, lo habeis muerto.

Si esta obligacion es comun á todos, ¿cuánto mas rigurosa no lo será para vosotros, padres y madres de familia, que habeis de engendrar vuestros hijos, no solo segun la carne, sino segun el espíritu? ¿Cuánto mas obligatoria será para vosotros, que educáis la juventud, y que habeis asumido el terrible peso de formar sus corazones para la virtud, al tiempo de formarlo para la ciencia? ¿Cuánto mas perentoria para vosotros, que habeis recibido del cielo para el bien general y universal de la sociedad, la grande y noble mision del comercio, de la industria, de las artes, mision que no puede caracterizarse de verdaderamente social que en cuanto es religiosa en su fin?

¿Cuán obligatoria no es esta obligacion para vosotros, escritores, que por medio de la prensa ejercéis una acción tan decisiva sobre el porvenir del mundo, sobre el destino de la sociedad? ¿Cuán obligatoria no debe ser, en fin, para todos aquellos, á quienes la nobleza, el brillo de un nombre que los distingue y realza, los servicios hechos á la patria, un alto rango en el foro, magistratura, ó milicia, á quienes la fortuna, el ingenio, la autoridad, el sacerdocio de las funciones públicas gubernativas dan tanto crédito é influencia para el bien y para el mal, y que no están colocados en tan elevados puestos del orden social sino para que su luz brille ante los hombres, y que viendo sus obras, glorifiquen al Padre celestial, que está en los cielos?

2. A este primer motivo del apostolado, fundado en la fraternidad cristiana, se junta y allega otro no ménos poderoso y todavía lleno de actualidad, de oportunidad: las necesidades de la Iglesia.

No pretendo exagerar en este momento; pero libreme Dios de callar lo bueno que se está obrando en derredor nuestro, léjos de nosotros, en el mundo entero. Yo reconozco, y ¿quién lo puede negar? yo veo operarse una reaccion, que hay un regreso sensible y muy manifiesto hácia las ideas cristianas, á un respeto mayor de las cosas de la religion. Es un hecho palpable, y nos es muy lícito ver en él síntomas de una próxima regeneracion. Es un hecho, y me es en extremo placentero hacerlo constante en la presente ocasion, que las conversiones son cada dia mas numerosas entre los judíos; que las naciones se conmueven á la voz de nuestros misioneros; que las mas lejanas islas saltan de gozo al feliz anuncio del Evangelio; que la India pagana hace pedazos sus ídolos, para adorar la Cruz; que la China misma, obstinada por tanto tiempo, acaba en fin de abatir el orgullo hereditario de su inmensa muralla al arribo de los enviados de la Iglesia; que en el seno de esta misma Iglesia, cada nuevo pontificado se anuncia é inaugura bajo los auspicios mas favorables.

Amigos y enemigos, si por ventura pudiera haber todavía enemigos, católicos y protestantes, cristianos, mahometanos y judíos, desde Lóndres á Constantinopla, solo se oye una voz: El Papa es el legislador del mundo!... Es un hecho, en fin, que hay en el mundo un secreto impulso de Dios, y todo nos conduce á creer, que es para el advenimiento de un mejor porvenir, y para la universal dilatacion del catolicismo por todos los puntos del globo. Prepárase, no hay que dudar, una gran revolucion anunciada por los profetas del Ingenio, por los heraldos de la Providencia. Los acontecimientos de Europa se van precipitando hácia este desenlace final, y los esfuerzos mismos que se hacen para retrasarlo, no hacen sino apresurarlo; porque, hermanos míos, para Dios, los obstáculos son medios; y saca y hace venir la salvacion de manos de sus mismos enemigos. *Salutem ex inimicis nostris.*

¿Cómo persuadirnos, en efecto, que todas esas magnificas invenciones del moderno ingenio, esos caminos, rápidos como centellas, donde se va surcando la tierra, esos flotantes palacios que cruzan el piélago, no sean, decimos, estas invenciones sino veloces y brillantes vehículos del comercio y de la industria, y que no veamos en ellas segun el plan divino y providencial, un maravilloso medio de acortar las distancias, de aproximar las poblaciones y aun los pueblos todos, de reunirlos poco á poco en una confraternidad universal? Ver en esas invenciones un camino mas trillado, fácil y seguro para el Evangelio, y por medio del cual la unidad del género humano llegue mas pronto á la unidad de religion, cumpliéndose así enteramente y al pié

de la letra el oráculo profético: que no ya habrá en el universo sino un solo Rebaño, y un solo Pastor?

Todo esto es verdad, mas preciso es decirlo todo, no exageramos para desanimaros ni paralizar vuestros esfuerzos, sino al contrario para reanimar vuestro zelo: «se ha hecho ya mucho bien, ¿cuánto mas no queda todavía por hacer? La blasfemia del santísimo nombre de Dios, la violacion del domingo y fiestas sagradas, el desprecio práctico de toda autoridad divina y humana; la infidelidad en el matrimonio, el desenfreno en la literatura, la licencia en los teatros, el sensualismo y el paganismo en las costumbres, el culto poco ménos que exclusivo de los intereses materiales, y, sobre todo, la religion del dinero, la pasion del lucro, la sed de oro, porque con oro se compran todos los deleites; el oro y el placer, tal es, en una palabra, el resúmen de nuestra situacion moral.

Y si dirigimos nuestras miradas por mas allá de los mares, ¿qué veremos? ¿Cuántas naciones hay, asentadas todavía á los umbrales de la muerte, y para las cuales no sale todavía el sol del Evangelio! ¿Cuántos pueblos hay, que todavía no conocen al solo verdadero y único Dios, y al que él ha enviado al mundo, el solo mediador y salvador Jesucristo! Y aun entre los que le conocian ¿cuántos no le adoran ya, ó no le adoran sino á medias y rehusan someterse á su Iglesia! De aquí procede, amados hermanos míos, el dolor profundo de esta madre desconsolada, de aquí sus gemidos, que atraviesan los corazones piadosos.

En vano le hablareis de progresos religiosos, en vano le mostrareis los nuevos hijos que se le allegan de todas partes; nueva Raquel, no puede consolarse de la pérdida de los que ya no son hijos suyos. Aunque hubiera perdido solamente uno, cual viuda desconsolada, asentada con su hermosa cabellera suelta cerca de la sepultura, diria aun á los gozos, á los consuelos; no os conozco; no podeis tener entrada en mi corazon.

¡Ah, hermanos míos muy amados! no es uno, son millares y millares los que perecen: por miles se le arrancan de su seno tierrecitos infantes para deshonrarlos desde su niñez; por miles entrega la juventud licenciosa sus víctimas al libertinaje; por miles, de un cabo del mundo al otro, se precipitan los hombres en los abismos de una espantosa eternidad.

Ahora bien, yo os pregunto, hermanos míos, para tantos males como hay que remediar, para tantas necesidades que satisfacer, ¿puede bastar el clero solo, reducido á las fuerzas y recursos con que cuenta? Por mayores que sean su zelo y sus sacrificios, ¿puede hacer-

lo todo, estar á la vez en todas partes, ocupar todos los puestos, sostener todos los asaltos? — No, no.

Es necesario haya, bajo el primer sacerdocio consagrado, otro sacerdocio secundario que sea como su auxiliar, como su suplemento; y este es el sacerdocio de los fieles. — Al lado de la mision del sacerdote está la mision del seglar; quiero decir, que el seglar ha de venir en ayuda del sacerdote, prepararle el camino, allanar los obstáculos que embargan su ministerio, secundarle en sus obras de celo, y aun suplirle en ciertas ocasiones. Quiero decir, y tal es la hermosa expresion del Tertuliano, que en dia de batalla, en esta gran pelea de las inteligencias, en este desafio á muerte entre el error y la verdad, entre el mal y el bien, entre el racionalismo y la fe, *todo cristiano es soldado*, y ha de pagar con su persona.

¡Dios mio! ¿qué mayores motivos de emulacion para lo bueno, que presenciar todo lo malo que inculca hoy dia el proselitismo del mal? ¡Cómo! será incansable el proselitismo del mal, no tendrá reposo, no dará treguas, y semejante al abismo, jamás dirá: Basta; — y el celo del bien podrá resignarse á dejar caer los brazos de cansancio ó de fastidio, en una cobarde inercia, á la sombra de unos cuantos laureles cojidos ya en una brillante refriega!

El proselitismo del mal no cesará de tramar contra el Señor y su Cristo; pondráse de concierto en los subterráneos del crimen para meditar cómo acabar con Dios, cómo abolir su culto en el mundo entero y aun hasta borrar su nombre de toda humana memoria, y el celo del bien ¿no se hará junta con el Cielo para restablecer en todas partes el reino de la verdad, la justicia de Dios en la tierra?

El proselitismo del mal redoblará de atrevimiento, conspirará á la luz del dia, formará sociedades malignas, organizará conciertos y danzas en beneficio del crimen, tendrá sus fiestas, sus pompas, sus representaciones de inmoralidad, sus grandes escándalos; — y el celo del bien ¿temerá parecer en público, temerá manifestarse, francamente, no tendrá valor para realizar sus intenciones; rebozaráse con el manto de la timidez paliándola con el nombre de prudencia; temerá la manifestacion y la publicidad de sus actos, actos que le está mandado de Arriba los haga y cumpla en el lleno del dia, para que los hombres aprendan á bendecir al que se los inspira?

El proselitismo del mal agobiaria sus imprentas infatigables al peso de sus inmundos libros, que distribuye á precio vil y esparce con profusion en todas las clases de la sociedad, desde el palacio del opulento hasta la choza del jornalero; nada le cuesta millones cuando se trata del éxito de su infame causa; — y el celo del bien ¿creeria haber

hecho demasiado, ó al ménos haber hecho lo bastante con dar una escasa limosna para la obra de la propagacion de buenos libros, ó por la del Evangelio? — ¡Cómo! amados hermanos míos, ¿la propaganda católica seria aventajada, vencida por la propaganda bíblica protestante? ¿Los traficantes de malas obras, de libros prohibidos, los hombres de dinero, los especuladores, los satélites de la fortuna pasarán mas léjos que los conquistadores de almas, que los propagadores de las doctrinas sanas? ¡Cómo! ¿La caridad habria de ceder el puesto al espíritu mercantil, el sacrificio de sí mismo al interés y al egoismo?

No, no; vosotros no tendreis ménos celo por la salvacion de vuestros hermanos, que otros por su perdicion. Cruzados de la fe, no retrogradareis á vista de los cruzados de la maldad. No; vosotros no volveréis atras ante la mision providencial, que os preparan las nuevas necesidades de la época actual; y no olvideis jamas, que si en otro tiempo, bajo la Roma pagana y perseguidora, cada cristiano era un mártir; que si en la edad media, en tiempo de Pedro el Ermitaño, todo soldado era un cruzado de la fe, en estos tiempos, en que ya no hay, ó es rara la confesion de la fe por la sangre, ni otras cruzadas que la de la salvacion de los hombres, todo católico, que tenga entendimiento para pensar y corazon para sentir, todo católico ha de ser, á su manera, apóstol. Si, católicos; ó apóstol, ó apóstata; soldado de Cristo, ó soldado de Satanás; misionero del Cielo, ó misionero del infierno; propagador, ó destructor de la fe.

Asociando el seglar á la mision del sacerdote, Dios le ha dado los medios de cumplir con este glorioso apostolado.

5. La oracion, primer medio, medio infalible; la oracion por medio del divino Mediador. Aun antes de él, ya la oracion tenia una fuerza invencible, un poder omnipotente, un apostolado entero para la salvacion de los hombres. Ruega Abraham, y hubiesen sido libradas Gomorra y Sodoma si se hubieran podido encontrar solo diez justos. Ruega Moisés, y se libra del anatema todo un pueblo cuya pérdida había jurado el Señor.

Si esto sucedia bajo el imperio de la ley de temor, ¿qué será ahora bajo la ley de gracia, y de amor, en la cual podemos rogar por medio de nuestro Señor Jesucristo, pedir en nombre suyo, en ese nombre de esperanza y amor, pedir por medio de su Sangre, que clama mas alto que la voz de nuestros crímenes, pedir por medio de ese Corazon del que nos ha hecho él un escudo contra los rayos de la divina justicia?

Y así, ¡cuántas conversiones, cuántas gracias alcanzadas por la oracion cristiana desde el momento del Calvario hasta nuestros dias!

Subió al cielo desde la cruz una súplica: *Padre, perdónalos, porque no entienden lo que hacen....* Y todo un mundo ha sido rescatado. A ejemplo del divino Crucificado, durante tres siglos de persecucion, los confesores de la fe teñian con sangre propia su oracion; y de esta oracion sale con fuerza una abundante cosecha de nuevos cristianos. Y aun, con frecuencia, los tiranos mismos, aun los mas encarnizados, se sienten desarmados repentinamente y vencidos por una fuerza misteriosa, secreta, desconocida: la segur cae de sus manos; gana corazones el heroismo del confesor impávido; propágase el contagio del martirio, quedan prendidos del contagio; y ved, que ¡cosa admirable! mueren, á su vez, en defensa y por la confesion de AQUEL cuyos adoradores habian estado degollando.— Pues bien, ¡todo es efecto de una oracion, de una palabra de ruego!

En todo tiempo y constantemente perseguida la Iglesia, reina pacífica y desarmada, no sabe rechazar la fuerza con la fuerza, ni curar con espada las heridas que ha hecho la espada. ¿Qué hace, pues? Ruega, pide; hace rogar, hace pedir á Dios á sus hijos; les dice, por ejemplo, que hagan un novenario á María... ¡Un novenario á María!... cosa es que hace reir á los incrédulos... ¡Pero entretanto continua el novenario... y se acaba, en fin!

¡Adelante! Yo habia visto al impío perseguidor: semejante al cedro del Líbano, decía en su orgullo: ¿en dónde está su Dios?... —Concluido el novenario, doy un paso mas, vuelvo la cabeza para mirar donde estaba, y ya no la vi; habia desaparecido: y yo exclamé, no, por cierto, con sentimientos de venganza, sino por la gloria de mi Dios, y de su Iglesia: ¿En dónde están, pues, los que poco ha se levantaban con insultos contra el Señor y contra su Cristo?...

4. Pero no basta la oracion, hermanos míos; es necesaria además la accion, y una accion patente, pública, perseverante.

El carácter propio del cristianismo, y que tan diferente lo constituye de la filosofía, su rival, es el ser esencialmente *práctico*. La filosofía enseña frases, el cristianismo enseña á obrar; la filosofía inventa sistemas, el cristianismo crea instituciones saludables; la filosofía concibe en lo vacío, y pare en la nada; el cristianismo realiza, y, si me es lícito explicarme así, encarna en los hechos la brillante teoría del progreso social; en una palabra, él es todo accion, toda vida; todo accion, porque está lleno de vida, y que segun santo Tomás, la vida es el movimiento. *Vita in motu*. Y bajo de este respecto, el cristianismo se adapta maravillosamente á las necesidades del siglo mismo, tan eminentemente positivo.

En ningun tiempo, ¿ha presentado acaso el cristianismo de un

modo mas inequivoco este carácter de *positivismo*, que en nuestros dias? ¿Hubo jamas tal florescencia de obras de celo abiertas á influjo de su sol vivificador?—En tiempo ninguno ¿se han puesto en práctica tantos medios ni géneros de apostolado para los mismos seglares? Y por no citar sino las obras mas en boga, ¿qué apostolado tan útil no es la Conferencia de san Vicente Paul, en la cual, se agolpa y reunen una juventud escogida, esperanza muy lisonjera para la religion y para la patria, y cuyo objeto es regenerar las almas, aliviando los cuerpos; obra admirable, sea que suministre socorros á domicilio, sea que patrocine á los jóvenes aprendices, sea que se emplee en enseñar el catecismo á los niños pobres?

¿Qué apostolado tan eficaz y meritorio delante de Dios y de su santísima Madre, esa Archicofradía del santo é inmaculado corazón de María, que en pocos años cuenta ya millones de alistados, y que acabará por alistar á toda la catolicidad entera? ¿No se vé en ella una santa asociacion providencial, adaptada, á mas no poder, á la época actual, pues que por medio de prácticas facilísimas, no hay ninguno entre vosotros, que no pueda cooperar eficazísimamente á la conversion de un sin número de pecadores?

Apostolado es tambien y muy útil, á su manera, la prensa dedicada á la defensa de los intereses religiosos, y á un tiempo mismo sociales; la prensa, escudo á la vez que defiende y protege, así como es arma que ataca y hiere; luz que alumbra, y fuego que devora; palabra que vivifica, al propio tiempo que mata; tribuna inmensa de donde parten á un tiempo, para esparcirse por el mundo todo de un cabo al otro con la rapidez del rayo, el bien y el mal; la verdad y la mentira; la paz y la guerra; la vida como la muerte, la restauracion como la ruina.

No me extendiendo en relataros tantas otras obras en que se despliega el celo inflamado de la fe, de que se hallan abrasados tantos y tantos fieles de ambos sexos en todas las partes de la catolicidad; porque mas fácil es al proselitismo religioso multiplicar las buenas obras, que al orador cristiano enumerarlas de lo alto de la sagrada cátedra.

Asociaos, amados oyentes míos, associaos á estas obras creadas por el genio del cristianismo, pues que han sido inspiradas por Dios á almas salidas de vuestras filas.

5. Roguemos, pues; roguemos y obremos; y para rogar y obrar con mayor concierto y éxito unámonos, porque la union es la que hace la fuerza. Juntémonos para la lucha, mas numerosos y mas decididos á sacrificarnos que en ningun tiempo; y unámonos con el sa-

cerdocio y obispado católicos; unámonos con el clero y los preladados que el Espíritu Santo ha puesto por gobernadores y Padres nuestros; unámonos, digo, con la Santa Silla católica, romana, que cual centro de luces y de poder sobrenatural nos guie y anime en nuestras santas empresas, que no pueden ser acabadas ni dignas de Jesucristo sino con la bendición de su Augusto Vicario en la tierra.

Do quiera que los fieles están unidos al sacerdocio, el sacerdocio al obispado, el obispado al pontificado supremo, allí está la verdad, el camino y la vida: allí está la regeneración, allí las verdaderas luces, allí la verdadera vivificación; allí están, en fin, la salvación de lo presente y la esperanza del porvenir: porque, hermanos míos, allí es precisamente en donde se halla, y en donde solamente se halla la Iglesia misma, la Iglesia docente, la Iglesia que obra, la Iglesia universal, la Iglesia, único camino de salvación para la humanidad caída, única senda de progreso para la humanidad levantada de la caída lastimera de su primer origen, y llamada y destinada por su divino Criador á una protección inefable en el tiempo y para la eternidad.

Véase: CELO POR LA SALVACION DE LAS ALMAS.

ARTESANOS.

Propterea misi ad cognoscendam fidem vestram: ne forte... inanis fiat labor noster.

Por esto envié á informarme de vuestra fe; temiendo que se perdiese nuestro trabajo.

(I. Thessal. III, 5.)

El trabajo y la actividad son el destino y la condición del hombre, y, además, su pena y su castigo después del pecado original. Nuestro primer padre fué colocado en el paraíso para que le cultiva-

se, y no para que permaneciese ocioso en él; después de su culpa, convirtiéndose el trabajo en castigo, castigo tanto más grave, en cuanto la tierra muchas veces no había de corresponder á sus esfuerzos sino con espinas y abrojos. No debemos darnos á la ociosidad y á la holganza, aunque nos permitan efectuarlo los sobrantes recursos de subsistencia con que contemos, si es que nos incumbe cooperar á la bella armonía de la naturaleza, donde ningún ser está ocioso, sino que todos, trabajando, producen y crecen. Tan natural es á las aves el volar, como al hombre el trabajo; el que no trabaja es en el orden de la naturaleza un miembro no solo inútil, sino aun perjudicial. Como cada uno se aprovecha, en parte, del trabajo de los demás, por esto todos tienen derecho á participar, de uno ú otro modo, del fruto del nuestro. Las leyes divinas y las humanas reprueban la ociosidad y la pereza, y Dios nos amenaza con que ha de pedirnos estrecha cuenta de los talentos, dones ó fuerzas que nos hubiese dado. El que no quiere trabajar, no merece que Dios le dé el pan de cada día. El descanso queda reservado para otra vida. El camino de la tierra es el trabajo: en el cielo será donde disfrutaremos de descanso eterno.

El Hijo de Dios, que se hizo hombre para enseñarnos lo que debemos hacer, escogió la casa de un artesano para morada, y á un artesano para padre putativo: eligió para apóstoles pobres artesanos; y se complacía en hablar á las gentes, que le seguían, por medio de símiles ó parábolas, sacadas en gran parte del trabajo. Con el trabajo, pues, puede santificarse el hombre; dando á sus ocupaciones la santidad que S. Juan Crisóstomo clasifica en santidad de orden, de moderación y de intención. Las explicaré brevemente después de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Siendo el trabajo el destino del hombre, podrá ser meritorio y santo mientras no le antepongamos á los derechos de Dios, y á nuestros deberes para con él y para con nuestros semejantes, y los hagamos servir á las disposiciones de la providencia, que nos ha sometido á la ley del trabajo. Bien sabéis, que solo tenemos un alma, y que esta debe dar cuenta á Dios de todos sus pensamientos, de sus afectos y deseos; sabéis también, que hay otra vida, en la cual seremos eternamente dichosos ó eternamente desgraciados, según las obras que hayamos hecho; por consiguiente, Dios ha de ser el fin principal de todos nuestros pensamientos, de nuestras palabras y obras. De esto naturalmente se deduce, que, sean cuales fueren nuestras ocupaciones, en todas ellas debemos consultar los principios de